

XXVI

Correspondencia.

Pocas gentes del comercio y de los que tienen negocios en países extranjeros, no conocen á D. Rafael Veraza: este hombre singular, de una constitucion fuerte y robusto hasta el extremo, lleva y trae desde hace muchos años la correspondencia del gabinete inglés, de Veracruz á esta ciudad, operacion en que no dilata mas que de 36 á 38 horas, atravesando una distancia de cien leguas de los caminos abiertos en la cumbre de uno de los ramales de la Sierra Madre: ni la lluvia, ni el frio, ni la tempestad, ni los ladrones, ni la guerra, detienen á D. Rafael Veraza, como no detiene al vapor inglés, ni los vientos ni las marejadas. Un momento antes de partir, se encuentra á Veraza en la calle, vestido elegantemente y con la mayor calma del mundo; á poco se le ve en el camino, azotando su ca-

ballo, y pasando por las calzadas y cerros como una vision fantástica: llega á una posta, é inmediatamente se presentan tres ó cuatro mozos, y uno le toma el caballo, y otro las maletas; mientras otros, con una velocidad increíble, preparan los caballos de remuda, operacion que se hace en minutos; y Veraza vuelve á montar y á continuar su carrera. Cuando llega la noche, se acomoda perfectamente en su silla que, llena de bolsas y escondrijos, es positivamente una despensa abundante, donde se encuentra aguardiente, queso, jamon, pan y cuanto puede bastar para que un hombre que no corre, sino que vuela, se alimente durante 36 horas; y acomodado en ella, y cuando el sol va ocultándose en el ocaso, cierra los ojos y duerme profundamente, sin dejar maquinalmente de azotar con los chicotes que en cada mano lleva, á los caballos, que por su parte, y acostumbrados á esta fatiga, cierran tambien los ojos, y se dejan ir por las cuestas y desfiladeros. En el momento en que llega D. Rafael Veraza á Veracruz, se lava, se viste de limpio, y como si acabara de levantarse de un mullido lecho, vuelve á montar á caballo y sale á pasear por la ciudad: cada mes se repite esta expedicion.

Don Rafael Veraza, pues, á quien con tanta ansia aguarda siempre el comercio de la capital, llegó cosa de las doce del día, hora en que Arturo, que habia pasado la noche oyendo las historias que le contó Ruggiero, estaba todavía durmiendo profundamente: el criado entró, y despertándolo, le anunció que le habian dejado un recado avisándole que D. Rafael Veraza ha-

bia llegado. Arturo se levantó precipitadamente, se vistió, almorzó ligeramente, fué á sacar sus cartas, y con ellas se dirigió á la casa del capitán Manuel, quien se habia retirado de la sociedad desde que regresó de Jalapa, y vivia en un cuarto de una casa de la calle de San Miguel. Un catre y una mesa de madera, dos malas sillas de tule, un cántaro de agua en un rincón, la montura colgada en un clavo en la pared, y unas cuantas casacas y pantalones militares en una percha, eran todos los muebles de la habitación del capitán. Arturo lo encontró recostado en su catre, leyendo una novela de Dumas.

—Y bien, señor capitán, cómo se ha pasado la vida desde que no nos vemos? dijo Arturo entrando y sentándose con familiaridad en el catre del capitán.

—Ten cuidado, Arturo, le dijo el capitán sonriendo, y tendiéndole la mano, porque si gastas esas confianzas con mi pobre lecho, se acabará de romper y tendre que dormir en el suelo.

En efecto, el catre rechinó horriblemente cuando Arturo se sentó en él; y mirando el jóven el efecto desastroso que podia causar al lecho de su amigo, se colocó en una silla, que recargó contra la pared, y puso los piés en otra. Acomodado así, siguió platicando:

—Vamos, Manuel, le dijo, es menester regenerar un poco este cuarto, porque no está bien que viva en él un hombre tan elegante como tú.

—Te aseguro que estoy tan abatido y disgustado, que me es indiferente vivir aquí, ó en cualquiera otra parte. En cuanto á dinero, no estoy muy abundante,

como debes suponer, pero tampoco lo necesito para nada: cuando el corazón está triste, para nada sirven el dinero ni la vida. Ya verás, cuando haya castigado al pícaro viejo tutor, como encuentro medios de poner mi habitación como un palacio, y mi persona como la de un príncipe.

—Quién sabe, le dijo Arturo, si las noticias que traigo, hagan cambiar tu situación.

—Cómo? me traes noticias?

—Sí, por cierto: Veraza ha llegado, y aquí tengo ya las cartas del paquete.

—Veamos, Arturo, veamos pronto lo que contienen, dijo el capitán levantándose del catre.

—Calma, calma, capitán, le dijo Arturo, sacando las cartas del bolsillo, y poniéndolas en las manos del capitán.

—Calma? Se conoce que tú no estás enamorado, porque de lo contrario.... ¡Pero qué frialdad de hombre, qué cachaza; preguntarme por qué tenia yo mi cuarto así, antes de decirme que tenia yo cartas de mi pobre Teresa!.... sí.... debia yo incomodarme contigo.... Habana.... cabal.... sí, es la firma de Teresa, vive..... vive; esta es su firma, es su preciosa letra.... la misma.... me ama, me ama todavía.... Yo estoy loco, Arturo, loco; quisiera devorar de una vez todas estas líneas, y saber lo que me dice en ellas.... ¡Oh Arturo! tú no sabes el placer que causa el recibir cartas de una querida que se ama con el alma y con el corazón.... tú eres un insensible; si no te volverias loco como yo.... mira la firma de Teresa....

está en la Habana, buena, completamente buena. . . . pero desgraciada la pobre criatura, desgraciada, sin duda, porque no está conmigo. . . .

Todo esto lo decía el capitán recorriendo precipitadamente las cartas de Teresa, leyendo expresiones aisladas, volviendo las hojas una vez y otra, y besando repetidas veces la firma.

—Veo, le dijo Arturo, que en efecto te puedes volver loco, capitán. Dame esas cartas, recuéstate en tu catre como estabas, cerremos la puerta para que nadie nos interrumpa, y yo te las leeré desde el principio al fin. Ya sabes lo principal, y es que Teresa llegó bien, y se halla con salud: prepárate, pues, á recibir con calma las demás noticias.

Cerraron la puerta, el capitán se recostó, y Arturo comenzó á leer:

«Habana, etc.—Manuel de mi corazón: Supongo que el señor Arturo te habrá impuesto de lo que pasó en mi viaje hasta Veracruz. Me embarqué en el vapor inglés «Tevoit,» y desde ese momento comencé á escribir un diario, que ahora he vuelto á copiar: leelo, y en él hallarás consignado mi amor, mis pensamientos, las horas de angustia y de dolor que he pasado, y también los momentos de infinito placer que he tenido, haciendo memorias de tí, bien mio, de tí, que eres mi único amor, mi solo consuelo.

«Víctima de la trama de mi tutor, que fingió tu letra, fuí á la cita; y allí, Manuel, en vez de encontrarte, solo encontré á un asesino, que estaba resuelto á obtener mi mano, ó á matarme: creo que no dudarás,

Manuel, que habría preferido mil veces la muerte, antes que ceder á esta infamia. Busca al padre C***, que vive en la calle del Puente Quebrado, y él te impondrá de cómo Dios, por un milagro, me salvó la vida: guíate por los consejos de ese santo eclesiástico, sé religioso y bueno, porque solo con una conciencia pura se hace frente á las maquinaciones de tan crueles enemigos: ámame mucho, Manuel; no me olvides ni un instante, y ten, como yo, la esperanza de que algún día, y quizá pronto, volveremos á ser tan felices como aquellos cortos instantes en que nos vimos en casa de la buena lavandera.

«Escribeme mucho, mucho, todo lo que te pase, aun lo mas insignificante, porque tus cartas me darán la vida y reanimarán mi esperanza.

«Adios, Manuel mio; recibe el infinito amor de tu

«TERESA.»

—Pues es cosa muy terrible, dijo Manuel cuando acabó de oír leer esta carta, que Teresa deje la aclaración de las infamias del viejo, para que el padre nos las diga. Quién sabe si este nos hablará la verdad, y si le encontraremos: nada le costaba haber escrito un poco mas.

—No seas injusto, le contestó Arturo; tendría sus razones para no fiar estos secretos á una carta. Si por casualidad se hubiese perdido ó hubiese sido interceptada por el tutor, ¿qué sucedería? Vendrían naturalmente por tierra los planes que hemos formado.

—Pues bien, dijo el capitán; en ese caso vamos in-

mediatamente á ver al padre, y que nos explique todo lo que ha sucedido.

—Leeremos primero el diario de Teresa, y quizá encontraremos en él alguna explicacion mas.

—Bien dicho, Arturo; yo estoy positivamente fuera de mí, y haria mil tonterías.

Arturo comenzó á leer:

DIA 1.º—A las cuatro de la tarde.—¡Oh Dios mio! tú que cuidas de la vida del insecto que se arrastra por el suelo, y del pajarito que vuela por el viento, dame fuerzas para sufrir esta separacion.

Estoy ya á bordo del vapor: el generoso amigo que me ha acompañado desde México hasta Veracruz, se ha retirado en un bote. He conocido que mi desgracia ha conmovido su corazon, y que será en lo de adelante un hombre que se interese en todos mis infortunios y dolores: á él le entregué mi retrato y un rizo de mi pelo, y estoy muy segura de que los pondrá en poder de Manuel.

Un viento recio comienza á soplar: las olas se estrellan contra las murallas del castillo de Ulúa, y los marineros levantan las anclas; la máquina está encendida, y el buque comienza á moverse. Si yo no fuera tan desgraciada, tendria miedo; pero cuando la vida cansa y fastidia, los mas grandes peligros se ven con indiferencia.—Ah! no, no, Dios mio! no me quites la vida antes de volver á ver á Manuel! Deseo estar á su lado un año, ¿qué digo? un día, un minuto, y entonces moriré contenta.

Las olas se estrellan contra los costados del buque;

el mar y el vapor rugen á competencia, y las nubes cubren el cielo. ¡Oh Dios mio! este cielo opaco y triste me ahoga, y pesa como un plomo sobre mi corazon.

A las cinco.—Oh, Dios mio, Dios mio! la tierra se pierde, se borra, se une y se confunde ya con las nubes. ¡Dios mio! es la tierra de mis padres, la tierra en que ví la luz primera, la tierra en que vive Manuel, la tierra de que me alejo, quizá para no volver jamas. Me he puesto de rodillas en la proa del barco, y mis lágrimas han caido en las ondas del mar. Adios, patria mia; adios, tierra idolatrada; adios, Manuel, á quien he adorado con todo mi corazon: mi alma, mis pensamientos quedan en este México, donde he experimentado tan amargos dolores y tan vivos placeres: ningun pesar es tan grande, tan terrible en la vida, como el ver desaparecer desde un barco la tierra en que se vió la luz primera.

Las ocho de la noche.—Pasadas estas impresiones, que han lastimado mi corazon de una manera inaudita, el mareo se ha apoderado de mí: he bajado á mi camarote, y me he encerrado en él, acostándome en este lecho, que me parece un ataúd. ¡Ah, Manuel! la soledad es lo mas terrible! ¿Quién, sino Dios, puede auxiliar á esta mujer aislada en medio de los mares? Si tú estuvieras conmigo, nada tendria que apetecer, y la muerte misma me seria grata: tú mitigarias mis sufrimientos; con tu presencia solamente calmara este mal horrible, que mata mi alma y mi cuerpo. El mar está horriblemente alterado, las olas se estre-

llan en los costados del buque, y lo hacen estremecer: yo tengo miedo, pero no á la muerte, sino á perecer olvidada de tí y de todo el mundo. Estas líneas acaso no llegarán á tus manos, y tu infeliz Teresa acabará sin el consuelo siquiera de que tú recibas los últimos recuerdos de su amor.

DIA 2.—Anoche, Manuel de mi corazón, no pude continuar: el lápiz se me cayó de la mano, y la fatiga de mi espíritu y el mal físico me postraron, de suerte que no pude ya ni aun mover mis cansados brazos. ¡Qué noche, Dios mio! qué noche tan cruel! Toda ella la he pasado en un continuo delirio y en un estado de sopor, en que ni se duerme ni se vela; tu imagen, Manuel, me ha acompañado, es verdad; pero te he creído ver pálido, ensangrentado.... ¿Te ha sucedido algo? ¿Has sido víctima de ese hombre fatal? Ah! no; tú vives, Manuel; tú vives, y así lo quiero creer, porque de otra suerte moriría yo en el mismo momento.—Los vaivenes del barco y el ruido de la máquina me han despertado sobresaltada; he tenido que contener con mi mano los latidos de mi corazón, y he vuelto á caer de nuevo en el sopor, para ver horribles fantasmas, para delirar con visiones fúnebres; y esqueletos, y sombras, y horrorosos animales de una forma quimérica, han rodeado la imagen de mi amante, de mi idolatrado Manuel.

El día ha amanecido nublado; pero el viento está mas flojo, y he salido sobre cubierta para refrescar mi mente abrasada, para que mi imaginación se despeje de esas visiones de la noche, que han hecho erizarse

mis cabellos. Me he encontrado con que los pasajeros, y aun el mismo capitán, alarmados con mi palidez, me han ofrecido sus servicios y auxilios: les he dado las gracias, porque de poco me servirían, ni sus auxilios, ni sus medicinas. Nadie, sino tú, puede curar las llagas de mi corazón; ¿Cómo he de encontrar la felicidad en medio del Océano, rodeada de personas indiferentes, y que no podrían ni comprender ni aliviar mis dolores? Hoy me he puesto á pensar, por qué Dios me castiga tan cruelmente: me arrancó á mi madre, cuando era yo niña, y cuando mas necesitaba de su abrigo y de sus caricias: despues, Manuel, no he tenido mas pensamiento que amarte, y amarte para que fueras mi esposo, para darte mi corazón, mi mano, mis bienes, y hacerte feliz, y ser yo tambien la mas dichosa de las mujeres.... ¿Por qué hay tantas mujeres en el mundo tan felices, tan risueñas, que se enlazan con sus amantes, que aman, que son amadas, y.... yo, Manuel, yo que he amado tanto á Dios, me veo separada de tí, desterrada de mi patria, pobre, sin amigos, sin amparo alguno en el mundo? Estos renglones van regados con mis lágrimas, y perdóname, Manuel, que tanto llore; pero no hay mas consuelo para los desgraciados.... Despues de llorar mucho, llego á resignarme con lo voluntad de Dios. Él me ampara en estos abismos, y debo darle gracias, y esperar que si me conserva la vida, será para volverte á ver, para estrecharte en mis brazos, para poner este corazón adolorido sobre el tuyo, y entonces morir...

En la tarde.—Todo el día he estado sentada, con la

vista fija hácia el lado por donde yo creo que está Veracruz: despues de Veracruz se pasan montañas, y bosques, y ciudades, y despues de todo eso se encuentra México, y en México estás tú, tú, mi tesoro, mi Manuel. ¡Cuántas dificultades, cuántos trabajos, cuántos riesgos se necesita para volver á verte!.... Y cuando vuelva, acaso tú me habrás olvidado; tú estarás casado con otra.... pero entonces.... me mataré, ó.... me volveré loca....

El sol se va ocultando; el mar parece de sangre, y las nubes de oro se levantan del seno de las aguas, formando las mas caprichosas figuras. ¡Si vieras, Manuel, qué espectáculo tan hermoso y tan magnífico! Cuando estemos unidos, cuando logremos arrancar nuestros bienes de manos de ese hombre infame, entonces tú tambien gozarás de este espectáculo sublime....

DIA 5.—La muerte, que he tenido ante mis ojos, y tu memoria, han ocupado mi pensamiento. A la media noche de ayer comenzó á soplar un viento mucho mas fuerte, y el mar á embravecerse: fuí despertada por el ruido que hacian sobre cubierta los marineros, y por la voz del capitán que dominaba la tormenta. El buque se sacudia violentamente, y yo, como pude, cayendo y levantando salí sobre cubierta, y ví grandes montañas de agua negra, que venian unas tras otras sobre el buque: asustada me volví á mi camarote, donde en medio de las ansias y sufrimientos del mareo, que me volvió á atacar, he esperado tranquilamente la muerte, pensando en Dios y en tí. ¡Qué des-

graciada soy!.... Ha calmado el viento; pero el mar aun está revuelto: los pasajeros han subido hoy sobre cubierta, y me han parecido fantasmas ó cadáveres acabados de salir de la tumba; todos están pálidos, con el cabello en desórden, con los ojos hundidos y con los trages descompuestos: yo misma me ví en el espejo, y mi semblante me asustó.... Si me vieras, te daría yo lástima.—Hoy he comenzado á sentir un dolor en el pecho; el mismo que otras veces me ha alarmado tanto: yo temo que, ya sea por un motivo, ya por otro, no me sea posible volver á verte.—Un pasajero me ha dicho que el clima de la Habana, demasiado caliente, es muy dañoso para esta clase de enfermedades; y yo recuerdo que cuando estuve allí con mi madre, me fatigaba mucho y me costaba trabajo respirar. Pero entonces era niña, era feliz, y lo que pasaba por mis ojos, todo era placer é ilusion; mientras que hoy la soledad, la ausencia y el clima me matarán indudablemente; así, pues, con toda verdad te digo, Manuel, que te resignes á perderme. Al fin, los hombres fácilmente se consuelan: hay tantos placeres, tantas distracciones para ellos en el mundo, que muy poco les importa el cariño de una mujer... No te vayas á ofender por esto Manuel; yo creo que tú me amas sobre todas las cosas del mundo, y por esta misma razon soy tan infeliz hoy que un mar nos divide ya....

DIA 6.—Muy temprano, todo ha sido alboroto en el vapor: los pasajeros se han lavado y vestido de limpio, y están inconocibles: todo este regocijo es por-

que se ha visto la tierra, porque la isla de Cuba con sus palmeras pintorescas y su multitud de edificios, está ya muy cerca... ¿Qué me importa todo esto? No estás allí, Manuel, y me es indiferente vivir en un palacio en la tierra, ó en un estrecho ataud á bordo de un barco, en la mar: las tempestades de la mar son terribles; pero todavía son mas fuertes las del corazon. Al divisar las playas de la isla de Cuba, he llorado tanto como cuando ví desaparecer las de Veracruz. ¿A qué vengo á esta tierra? ¿En qué voy á emplear las largas horas del dia? En bordar, en coser, en pasear.—¿Y para qué?—¡Cuánto, cuánto me atormenta este deseo de volver á México, cuando aun no lleigo á la Habana! Esta agitacion que tengo, como si algo me fuera á suceder; este sobresalto continuo, como si constantemente me estuviera amagando un asesino... Es triste, muy triste arrastrar una vida tan miserable é infortunada. ¿Nos volveremos á ver? ¿Vendrás tú á buscarme?... Y ¿cómo podrás venir, pobre Manuel, abandonando tu carrera y tus amigos?... Yo no me merezco tanto.

DIA 8.—Ayer ha venido Marta: es una pobre negra esclava, que servia á mi madre, y me cuidaba: se acordó perfectamente de mí; lloró, me llamó su niña, su niña preciosa, y yo he conseguido de su ama que se quede por algunos meses en mi compañía; y digo algunos meses, porque no pienso vivir mucho tiempo separada de tí, Manuel.

Ayer ha venido el conde de C*** y me ha dicho que tiene instrucciones de mi tutor, para darme cuanto

necesite: no es gran favor, por cierto, el que me hace mi tutor, con darme una parte de lo que me pertenece; pero siempre es algo, porque podia muy bien haberme dejado morir de hambre en una tierra extraña para mí.

Habito una hermosa quinta, la misma en que viví cuando era niña y feliz: entonces me parecia un palacio encantado: corria por los jardines; jugueteaba entre las flores y el césped; me dormia á la orilla de las fuentes, y todo era alegría y placeres inocentes: hoy todo me parece triste; las flores sin aroma, y las palmas inclinan tristes su cabeza. Los salones me parecen frios como las lápidas de mármol de los sepulcros; el ruido de las fuentes me causa una melancolía inexplicable, y todos los objetos que me rodean, no hacen mas que despertar en mi corazon amargos recuerdos. Mis ocupaciones son hasta ahora coser y leer; pero en la realidad lo hago maquinalmente, porque mi pensamiento vuela muy lejos de estos lugares.

Despues de tantas noches de vigilia y sobresalto, en que he despertado llena de susto, y he experimentado horrorosas pesadillas, tuve ayer un sueño delicioso. Soñé, Manuel, que estaba yo en casa de la lavandera, y que tú, procurando calmar mi temor y turbacion, me decias palabras de amor, que como una música celeste sonaban en mi oido. Lloraba yo; y tú, bueno y amoroso, enjugabas mi llanto, me estrechabas contra tu corazon, y me decias que al dia siguiente nos debiamos casar: me contabas tambien que tenias una casa primorosa, donde retirados del mundo debiamos

vivir solos, el uno para el otro; que mi tutor me había entregado todos mis bienes y retirádose á San Luis; y que, en fin, nada teníamos que apetecer, y nada nos faltaba para ser felices. ¡Figúrate mi tristeza cuando al despertar no ví en mi derredor mas que la soledad y la desgracia!

Hasta hoy, en que concluyo estos apuntes, para remitirtelos, mi situacion no ha variado, ni puede variar, si no es que me muera, ó que me reuna contigo. Tú me amas, Manuel, y pensarás en la conducta que será conveniente seguir: reflexiona solo, que si cometes un crimen, entonces no podrás ya ser mi esposo, y me darás la muerte. La prudencia debe guiar tus pasos, y no debes proponerte mas fin, sino el de que podamos unirnos: la pobreza no me asusta: Dios nos ayudará.

Cuando Arturo acabó de leer, levantó los ojos, y vió que el capitan derramaba lágrimas en silencio.

—Qué diablo de llanto es ese, Manuel? le dijo: las cosas están mucho mejor de lo que creíamos: Teresa está buena, nada le falta para su comodidad y subsistencia, y te ama, te ama como siempre: todos estos son motivos para alegrarse.

—Dices bien, Arturo; y ¿cómo es que yo lloro cuando me disgustan tanto esos hombres pusilánimes y llorones? dijo el capitan levantándose y limpiándose los ojos con su pañuelo. Sin embargo, las cartas de una mujer que se ama, conmueven el alma, y ya ves.... al amor lo pintan montado sobre un leon y dirigiéndolo con una madeja de seda.

—Aquí hay otra carta para tí, interrumpió Arturo; veamos lo que dice:

« HABANA, etc.—Querido capitan: Me embarqué en una maldita goleta, llamada « Villanueva, » y poco faltó para que nos llevara una legion de diablos.—¡Qué tiempo! ¡hum! el mar se nos venia encima, y el buque pesaba menos que una cáscara de nuez: no daba un centavo por la vida de todos los que iban á bordo. Al fin, llegamos estropeados; y me tiene vd. ya en la gran isla de Cuba, á sus órdenes; de dia, luchando con estos abogados enredadores, y de noche, en tormenta con las habaneras en divertidos fandangos: la *danzica* ya me sale por los ojos, pero las muchachas no son *malotas*.

« Me he encontrado con instrucciones para obrar en otro negocio en que hay asunto de muchacha seducida, y de viejo engañado, y..... qué sé yo qué mas; pero sobre esto nada he hecho ni haré, hasta que concluya con el asunto de la quiebra de la casa de Revuelta. En el paquete próximo escribiré á vd. largo sobre esto, y me dirá su opinion.—Va un cajon de puros, capitan, que se fumará vd. á mi nombre, y que puede recoger de la casa de Dionisio Velasco.

« Pasarla bien, capitan.—Su amigo que mucho lo quiere—JUAN BOLAO. »

—Esta carta es terrible, Arturo, dijo el capitan; y el mejor modo de terminar este negocio, es ir á casa del viejo, volarle la tapa de los sesos, y marcharme para la Habana, á casarme con Teresa.

—Recuerda, Manuel, le contestó Arturo, que se te

encarga la prudencia; y, por otra parte, ¿qué harías tú despues de matar al viejo, por mucha justicia que tengas? Llevar la vida fugitiva y errante de un asesino, haciendo participante de ella á una criatura tan noble y tan buena como Teresa.

—Pues ¿qué hacer entonces? dijo el capitan con acento colérico: ¿dejarse burlar de un miserable que se roba toda una herencia, que intenta asesinar á una mujer inocente, y que la destierra como si fuera criminal?

—No, ciertamente; pero tratemos de dar un golpe seguro: Teresa te encarga que te guíes por los consejos del eclesiástico, y que obres con prudencia; debes, pues, obedecerla. Este Bolao es tu amigo; parece un excelente muchacho, y podemos convertirlo en aliado nuestro, tanto mas, cuanto que ha prometido consultarte lo que deba hacer en el negocio. Vamos, en primer lugar, á ver al eclesiástico, y despues de haberle oido, pensaremos.

—Dices bien, Arturo: tú al fin concluyes siempre por dominarme; pero me ocurre una idea.

—Cuál es?

—Para todo esto se necesita tener dinero, y mucho, y todo mi capital está reducido á un par de onzas.

—Ya te he dicho, le interrumpió Arturo, que puedes contar conmigo: mi padre, como sabes, gana mucho dinero, y yo me ocupo en inventar diariamente nuevo modo de tirarlo.

—Todo eso está muy bueno, Arturo, le dijo el capitan con mucho cariño, y yo sé que puedo contar con

tu amistad; pero yo soy hombre que saco dinero de debajo de la tierra, y que tambien sé tirarlo con mucha facilidad. Hoy me siento animado de esperanza: las cartas de Teresa me han vuelto la vida, y necesito tener dinero, regenerar mi cuarto, disponer de grandes recursos, y hacer cosas maravillosas. Mi plan, por ahora, está reducido á tener dinero, como he dicho; á pedir mi licencia absoluta, para largarme á la Habana; á casarme allí con Teresa, y despues marcharme á Italia, escoger un bonito pueblo, y vivir tranquilo y feliz, dando, por supuesto, antes al viejo unos cuantos paños. Tú vendrás con nosotros, ¿no es verdad, Arturo?

Estos son castillos en el aire, Manuel: yo no me separaré nunca del lado de mi madre, porque es una excelente mujer, á quien amo tanto, como tú á Teresa; pero ya veremos cómo las cosas se presentan.

—Eh! Martín! gritó el capitan, abriendo la puerta. Martín, que era el asistente, se presentó al momento.

—Traeme agua, jabon, toalla, todo lo necesario para lavarme: limpia los pantalones y la levita.

—Está mi capitan muy aliviado? preguntó Martín. Hacia muchos dias que, como el capitan no se lavaba, ni se vestia, ni hablaba con nadie, Martín lo creia enfermo.

—Sí, muy aliviado, muy aliviado, Martín: la niña me ha escrito, y esto me ha quitado la enfermedad.

—Me alegro mucho, mi capitan.

—Te alegras, bribon? le dijo Manuel chanceando: pues bien, haz muy breve lo que te he mandado.

—Vey, mi capitan.

Martin se retiró, y á poco volvió con un jabon oloroso, un lebrillo y jarra de rica porcelana, y un bonito espejo con marco dorado.

—Este asistente es una alhaja, Arturo, le dijo el capitán, mientras que Martin salía á traer el resto del aparato que faltaba para el tocador del capitán.

—En efecto, veo que te sirve admirablemente.

—Lo mas singular es, que nada de esto que tú ves, es mio: espejo, lavamanos, agua, jarros, pozuelos, vasos, todo cuanto se necesita, lo adquiere en el acto. El día que se me antoja comer gallina, se la pido, y sin pedirme dinero, me la presenta en un guiso exquisito: es una especie de mágico, muy conveniente para un militar calavera como yo. Tambien es verdad, que Martin dispone de mi dinero, de mi ropa, y de todo lo que tengo: dias pasados busqué una camisa muy bien hecha, y me dijo que se la habia dado á un pobre: le alabé su caridad, y concluyó la historia; pero ya entra, verás lo que responde. Martin, en efecto, entraba con un vaso de cristal abillantado y un plato de China, donde habia cepillo y polvos para los dientes.

—De dónde has conseguido todo esto, Martin? le preguntó el capitán.

Martin se sonrió.

—Vamos, tunante, dí, ¿quién te ha prestado todos estos trastos?

—Pues señor... como las niñas de la otra casa quieren tanto á mi capitán... me prestan todo lo que necesito.

—Las niñas!... ah! ya caigo en cuenta, unas chachitas que viven aquí junto.

—Estas mismas, mi capitán; y todos los días me preguntan que cómo se siente vd.

—Diles que estoy aliviado, que se los agradezco. Trae mas agua caliente, y cierra la puerta.

El capitán comenzó á rasurarse.

—Cuidado con las infidelidades, dijo Arturo.

—No tengas temor; quiero sinceramente á Teresa, y aborrezco demasiado á ese pícaro viejo, para que pueda ocuparme en otro amor.—Conque ahora, ¿qué tenemos qué hacer?

—Buscar al eclesiástico, dijo Arturo.

—Muy bien, voy á darme prisa, porque ya rabio por saber el pormenor de tan infame aventura; ¿pero despues?

—Despues, dijo Arturo, pensaremos cómo se debe obrar, y yo le consultaré á Rugiero.

—Ese hombre me fastidia muchas veces, y otras me parece muy amable.

—Lo cierto es que tiene mucho talento y que es un tuno de siete suelas, un hombre de mundo, que sabe curiosas historias, y anoche justamente me he pasado las horas enteras con él, y he sabido cosas que me han dejado asombrado. Ya te llevaré á casa de Aurora, y conocerás á los personajes: por ahora te contaré en compendio las historias.

Arturo, mientras que su amigo se acababa de lavar y vestir, le refirió la historia de Florinda, la de Elena y Margarita, y en seguida salieron á la calle.

—Estoy convencido, dijo el capitán, de que solo una pasión verdadera liberta á las mujeres: una mujer enamorada, rara vez es infiel, y por eso tengo tanta confianza en Teresa.—Y Aurora y Celeste, ¿qué dicen Arturo?

—Ya hablaremos de eso, en concluyendo tus negocios; necesitamos obrar con mucha actividad, porque el paquete sale dentro de cuatro días, y es menester que escribas á Teresa todo lo que hayamos hecho.

Llegaron los dos amigos á la calle del Puente Quebrado, y subieron á la casa del eclesiástico, donde encontraron una anciana que les dijo que aquel se había ido á la villa de Guadalupe, y que no volvería sino hasta el día siguiente. Manuel, desesperado, comenzó á desatarse en invectivas contra el eclesiástico; pero Arturo lo calmó.

—Pues Arturo, yo necesito ocuparme en algo; y puesto que aun tengo que pasar una noche atormentado por la curiosidad y por la duda, mejor será que busquemos fortuna: ven conmigo y participarás de ella.

—Pero ¿adónde vamos?

—Déjate conducir, y no repliques: no eres una niña á quien puede engañar un miserable músico como Migueletti.

Arturo se dejó conducir, y entraron en una casa de juego del portal de Mercaderes, en donde á la primera persona que vieron fué á Rugiero.

—Hola, caballeros! ¿vdes. por esta casa?

—Y vd., Rugiero, ¿qué hace también aquí?

—Buena pregunta! divertirme y ganar, perder dinero, mirando las lindas figuras que hacen los que se quedan sin un ochavo.

—Este tronera de Manuel me ha traído aquí, dijo Arturo algo mortificado.

—No hay que ruborizarse, Arturo: los hombres en materia de vicios, deben saber todo, así como todo lo deben ignorar las mujeres: así, os repito, Arturo, no hay para qué ruborizarse como una doncella: vuestro padre es bastante rico, y puede sufrir bien, sin debilitarse, una sangría de diez onzas.

—Yo no vengo á jugar, dijo Arturo con seriedad; pero Rugiero soltando una carcajada, le dijo:

—Jugareis, y tres más: el que entra en la casa del jabonero, si no cae resbala.

—Ya veremos, dijo Arturo.

Los tres amigos entraron en una extensa sala iluminada por dos grandes balcones adornados con sus vidrieras y cortinajes: en medio de esta sala había una mesa cubierta con su carpeta de paño, y en la carpeta señalados y numerados con cinta amarilla los lugares donde se colocan las cartas. No era aplicable á este lugar la descripción que hace Gorostiza en su comedia *El jugador*, que comienza:

En un ahumado aposento,
Anegado en porquería,
He visto en un solo día
Lo que no pudiera en ciento;

pues, por el contrario, reinaba en él gran lujo: las sillas eran de caoba, las velas de esperma y colocadas

en largos tubos de reluciente metal, y los cortinajes de seda. Los talladores y gurupíes eran personas de importancia, y los dueños de la partida gente de gran influencia en la ciudad, por su riqueza: allí se jugaba oro, y no mas que oro, pues la plata se veía con desden por la mayor parte de los concurrentes: era, en una palabra, una partida de mil onzas, con otras mil ó dos mil de refaccion; y ya se sabe el lujo con que en México están montadas esa clase de establecimientos: cada uno de ellos tiene por lo menos seis onzas diarias de gastos, que hacen cerca de tres mil pesos cada mes. ¿De dónde, pues, salen estos treinta y seis mil pesos cada año? Evidentemente del bolsillo de los concurrentes, que pierden allí el fruto de su trabajo, ó menoscaban su fortuna. Han pasado gobiernos de diversas opiniones; ha sufrido mil cambios la sociedad; pero por un privilegio peculiar á las instituciones viciosas, los juegos se conservan sin alteracion y sigue cada dia mas en boga esta especulacion, fomentada por personas que podian emplear sus capitales en obras benéficas á la sociedad, á la vez que lucrativas.

En esta pieza y alrededor de la mesa habia multitud de personas, las unas sentadas, las otras en pié, juntas, agrupadas y rozándose unas con otras. Delante de los talladores y pagadores habia colocadas mil onzas de oro, y debajo de la carpeta estaba el menudo. Cuando los tres amigos entraron, habia un silencio solemne, que fué interrumpido por una voz clara y perceptible, que dijo: *sota vieja*. Un sordo murmullo se

alzó entre los concurrentes, se escuchó una que otra maldicion de los que fueron á la carta contraria; y el ruido que hacian los monteros y apuntes al recoger y pagar, se mezclaba con las mil palabras de alegría ó desesperacion que allí se pronunciaban.

En el momento en que vieron á Rugiero y á los dos jóvenes, les ofrecieron asientos con una perfecta cortesía y amabilidad; pero estos prefirieron permanecer de pié. Con una velocidad y destreza dignas de imitarse por los gobiernos, que todo lo hacen mal y despacio, los talladores arreglaron su dinero, limpiaron sus carpetas, recogieron sin piedad ni misericordia todo el dinero puesto á la carta que perdió; pagaron á los gananciosos, barajaron, y con voz solemne dijeron; *as y siete, todo nuevo*. Rugiero se acercó al oido del director ó tallador principal; le habló dos palabras en voz baja, y este le dió cincuenta onzas, de las cuales dió veinte á los jóvenes, y se reservó treinta, que con mucha serenidad puso al *siete*: Manuel y Arturo pusieron cinco onzas al *as*.

—*Corre*, dijo uno.

—*Puede . . . á copas . . . el siete á la segunda*, mozo.

Rugiero hizo sesenta onzas, y los muchachos perdieron cinco.

—Vayan conmigo, les dijo Rugiero, y acertarán, porque me late que tendré veinte ó treinta minutos de fortuna.

—Qué juega vd., Rugiero? le preguntó el capitán.

—Yo no tengo regla; y eso de judías y contra judías, y proyectos, y numeritos; nada vale si no hay

suerte: por ahora, estoy jugando una grande y una chica: vean vdes.

—*Caballo y tres.*

—*Voy al tres.*

—Vais á perder indudablemente, le dijo Arturo; á ese caballo apostaría yo hasta mi camisa.

—Bien, dijo Rugiero sonriendo; ponedle lo que queráis.

—Y bien que lo haré, dijo Arturo entusiasmado.

—Quereis dinero? le preguntó Rugiero; pues bien, pedid al monte: teneis crédito abierto bajo mi responsabilidad; no os doy de lo que tengo, porque me propongo jugar á la dobla. Y diciendo esto, puso las sesenta onzas al tres.

Arturo pidió veinte onzas y las puso al caballo. Se corrió el albur, y pasada ya mas de la mitad de la baraja, vino el tres: detrás estaban tres caballos juntos. Rugiero retiró sus ciento veinte onzas, y Arturo al disimulo se enterró las uñas en el pecho, mientras que Manuel, mas experimentado, veia esto con una perfecta calma. El otro albur se compuso de rey y caballo: Rugiero le puso al caballo las ciento veinte onzas.

—Ahora os tocaba ir al rey, que es la grande, dijo Arturo.

—Sí, contestó Rugiero, me tocaba en efecto; pero he variado de idea.

—Pues yo contra el maldito caballo he de ir ahora. Arturo pidió otras veinte onzas, y las puso al rey: el caballo vino á las tres cartas, y detrás habia dos re-

yes. Rugiero retiró sus doscientas cuarenta onzas, y Arturo dijo con cólera:

—Esta es una baraja de todos los diablos.

El siguiente albur era de tres y seis. Rugiero puso las doscientas cuarenta onzas al seis, y Arturo al tres otras treinta que pidió.

—El tres! Hasta que gané una vez, dijo Arturo á Rugiero.

—Os equivocais; el seis de oros estaba antes.

En efecto, las dos cartas estaban unidas, y el tallador al correr las cartas descubrió el tres; pero rectificada la operacion, resultó que en efecto estaba el seis antes. Rugiero recogió sus cuatrocientas ochenta onzas, las distribuyó en los bolsillos, y se levantó del asiento, mientras Arturo echaba lumbre por los ojos, pues habia perdido en un momento mas de mil pesos: Manuel se sonreia.

—Venid, le dijo Rugiero; cuando en el juego se pierde, lo mejor es tomar un poco de aire para refrescarse, y volver á la carga.

—Es verdad, dijo Arturo; el demonio me inspiró sin duda la idea de venir á esta maldita casa: quemadas deberian estar todas. Esta policia de México es la mas rara y absurda que se conoce en el mundo: persigue y lleva á la cárcel al ratero que saca un pañuelo de la bolsa, y deja que se paseen descaradamente en coche estos ladrones que roban miles de pesos; porque no hay duda que es un robo el que me han hecho en este momento.

—No haya cuidado, Arturo, le dijo el capitan; no

ha sido el demonio quien te trajo aquí, sino yo, y te prometo que no se quedarán los monteros con tu dinero: dentro de media hora *habré hecho campaña*. Fumemos, que al fin cada uno de estos puros habanos nos cuesta como quinientos pesos.

El capitán tomó unos puros excelentes que habia en una charola, y que estaban á disposicion de todos los concurrentes.

—Este muchacho, dijo Rugiero á Arturo, conoce mas el mundo, y tiene razon en el fondo: dentro de media hora la suerte variará, y podrán vdes. *hacer una buena campaña*. En cuanto á mí, tengo un gran mérito, ¿no es verdad, Arturo? Pero venid, jóvenes, nos sentaremos aquí, donde se respira un poco el viento fresco, y platicaremos.

Los tres amigos se sentaron detrás del cortinaje de uno de los balcones, y desde allí pudieron observar todo lo que pasaba en la mesa.

—Conoceis á algunos de los que se hallan jugando? preguntó Rugiero á Arturo.

—A muy pocos; y me asombra ver entre ellos hombres que gozan en la sociedad de una gran reputacion de probidad.

—Eso no es extraño, Arturo; muchas veces los hombres que gozan de mejor reputacion, son los mas dañinos y malvados. ¿Veis aquel hombre seco, de mejillas hundidas, de barba crecida, y con un vestido descompuesto y sucio?

—Sí lo veo, y será probablemente un pobrete que, como dice esta gente de juego, viene á sacar la *amanesca*.

—De ninguna suerte, pues es un hombre que logró casarse con una viuda rica, y que en vez de trabajar para aumentar y conservar el capital, lo ha destruido en el juego. Primero vendió á un usurero una casa de campo que tenia la mujer en Coyoacan: despues cada dia abre la cómoda y saca, ya unos pendientes, ya un reloj, ya un prendedor, ya un hilo de perlas.... Mirad, justamente está vendiendo ó empeñando un hilo.... le dan solo diez onzas por él..... y á fe que vale sin duda una talega de pesos.... Ya puso las diez onzas.... las perdió.... Ya veis, con mil pesos se haria la felicidad de una familia.

—Maldito juego! exclamó Arturo.

—Pues este hombre, continuó Rugiero, se retira ahora á su casa: sus hijos salen risueños á recibirlo, y él, en vez de acariciarlos, á uno lo empuja y á otro le da un puntapié: la madre, con las lágrimas en los ojos, le reconviene, y él la maldice, la llena de injurias, y concluye por pedirle la llave para sacar las últimas alhajas que le quedan. Pide la comida, y todo le disgusta; riñe á los criados, tira los platos y los vasos; y apoderándose de alguna otra prenda, se sale frenético de su casa, adonde no vuelve sino á las tres ó las cuatro de la mañana. Dentro de tres dias ya no habrá en su casa ni una silla en que sentarse, ni una cama en que dormir, ni un plato en que comer: todo lo habrá entregado á vil precio á los almonederos y usureros, y sus hijos no recibirán ni educacion ni alimentos; y solo un ejemplo horrible de inmoralidad.

—Este hombre es un bárbaro, dijo el capitán.

—Pues bien; mirad aquel otro de ojos rojizos, de tez vinosa y de grueso vientre.

—Sí, lo veo perfectamente.

—Pues ese es un empleado que gana dos mil pesos de sueldo, sin saber ni aun escribir, y cuya librería está reducida al Periquillo; solo va á su oficina á almorzar; tiene empeñado su sueldo de un año, y paga un real en cada peso por el dinero que ha recibido.

Como no tiene con que mantener á su familia y sostener otras dos casas que corren por su cuenta, viene honestamente á buscar á estas casas el dinero de que necesita; pero como sus acreedores son innumerables, el día en que gana hace un prorrateo, y cuando pierde se esconde por dos ó tres días, y ni la misma policía de Paris sería capaz de encontrarlo.

—Aquel otro viejo de anteojos, y de elegante chaleco de terciopelo, sabe la biblia, como suele decirse, pues cuando viene al juego trae las bolsas vacías, y está en acecho del primero que gana, para pedirle con mucho garbo dos ó tres onzas, con las cuales procura hacer negocio: si gana, se escabulle sin que la tierra lo sienta, y sin pagar lo que le prestaron; y si pierde, espera la ocasion de que otro lo vuelva á habilitar.

Esos tres que veis allí de capa, tienen solo una onza; si pierden la *vaca* que han hecho, sus familias no tendrán qué comer mañana; si ganan, en vez de emplear el dinero en cosas útiles y en aliviar la miseria de sus deudos, irán á las tabernas, y allí, entre los licores y la prostitucion, gastarán todo lo que hayan adquirido.

—Pero, ¿cómo aquellos dos militares que pierden muchas onzas, preguntó Arturo, están tan tranquilos?

—Toma! respondió Rugiero; porque nada pierden que sea suyo: la caja del regimiento hace el gasto; y como tienen grande amistad con los altos personajes del gobierno, el ministro de la Guerra los protege, y sacan diariamente de la tesorería dinero, sin que jamas haya otra cuenta que «abonado á la caja del cuerpo.»

—Hace seis años, interrumpió Manuel, los conocí con las botas rotas y con unas casacas llenas de grasa.

—Y hoy tienen carretelas inglesas y palco en el teatro, ¿no es verdad? dijo Rugiero.

—Maldito juego! maldita sociedad! murmuró Arturo.

—Pues aquel otro caballero que veis allí de lente, gran cadena, reloj, elegante frac y fistol de brillantes, no es mas que un empleado del gobierno, que tiene ochenta pesos de sueldo cada mes, y cuyo reloj y prendedor valen el sueldo de un año.

—Pues, señores, la conversacion filosófica de vdes. es excelente, dijo Manuel; pero teniendo nosotros en poder de aquellos señores, mil y tantos pesos, es menester recuperarlos: Rugiero ya sacó utilidad, y está perfectamente; pero yo estoy en la triste posicion de no tener quien me dé un cuarto; y esta mañana he dicho que necesito mucho dinero.

—Pues yo opino, capitan, dijo Arturo, porque nos marchemos de esta infame casa, y... lo perdido, perdido....

—No lo creais, dijo Manuel.

—Mira, Manuel, dijo Arturo; ningun hombre decente debe estar respirando esta atmósfera. Esto es desagradable y repugnante hasta lo infinito.

—Todo eso es muy cierto, contestó el capitán; pero no veo yo razón para que perdamos mil pesos, sin hacer ni la menor diligencia para desquitarlos. Quizá no perderemos. Ven...

Rugiero, como siempre, después de dejar asombrado á Arturo con sus historias escandalosas y su moraleja, se había marchado sin despedirse. El capitán, tomando á Arturo de una mano, le dijo:

—Ven, cobarde; verás cómo en un momento se repone lo perdido; tú eres un niño todavía.

Ambos se acercaron de nuevo á la mesa, que estaba llena de hombres agrupados y atentos á las cartas, pues era un continuado cordón de entrantes y salientes: el capitán sacó una onza y la tiró sobre una sota: vino la contraria, y perdió su dinero.

—Ves, Manuel! la suerte se nos declara en contra: vámonos, le dijo Arturo al oído.

—Qué sabes tú! con esta onza que me queda voy á hacer mi fortuna. Manuel sacó de la bolsa, en efecto, la última onza que le quedaba, y la puso á un seis. Vino el seis, y la ganó.

—Ves, Arturo, dijo el capitán, como no todos los albrures se pierden? De aquí para adelante hemos de ir viento en popa.

Para no cansar al lector, diremos que el capitán en un momento ganó cien onzas; y entonces Arturo le

instó fuertemente para que se retirara; pero él, entusiasmado, le dijo:—Toma setenta onzas y paga á ese judío que te prestó, y déjame lo demás.

Arturo, con todo el disimulo posible, pagó las setenta onzas al banquero; tomó un puro, lo encendió; dió unas vueltas por el corredor, y cuando volvió, el capitán estaba ya sentado, y tenía delante cuatrocientas onzas.

—Eh! caballeros, dijo el capitán levantándose; este es el último albur, pierda ó gane: estoy fastidiado de jugar; y diciendo estas palabras, comenzó á poner sobre una carta el montón de oro que tenía delante. Arturo tiró al capitán del faldón de la levita, y los circunstantes, aunque acostumbrados á estas escenas, no pudieron menos de clavar sus ojos sobre el héroe de esta hazaña, quien fresco y sereno, veía correr la baraja, sin que una sola de sus facciones se alterara. La carta á que apostó el capitán, vino, y él dijo entonces al montero:

—Deje vd. las ochocientas onzas; y voy el último á la carta que salga en ese lugar.

Un murmullo sordo se alzó; y el capitán, volviendo la cara y encontrándose con Arturo, le dijo sonriendo:—¿Qué te parece que suerte tan loca?

—Este albur lo perderás.

El capitán alzó los hombros y dijo con desden:—Vaya tres y sota; iría yo á la sota de buena voluntad.

—Puede vd. cambiarse, le dijo el montero, con el rostro algo descompuesto.

—No, dijo el capitán: me propuse que se quedara

el dinero en ese lugar, y de ahí lo recogerá vd. probablemente, pues creo que perderé este albur.

—Corre, dijo uno de los monteros.—Puede, dijo el otro.

Volteóse la baraja, y hubo un silencio solemne, y ni las moscas se atrevían á volar. A las seis cartas vino el tres de espadas: el montero puso la baraja en la mesa con una expresion de cólera, y dijo:—Puede vd. disponer de mil seiscientas onzas; la partida responde por ellas.

—Deme vd. ciento, le interrumpió Manuel con calma, y el resto quedará en poder de vd.

Manuel recibió cien onzas, que guardó en la bolsa, y un papelito que decia: «Quedan á disposicion del señor capitán D. Manuel C*** veinticuatro mil seiscientos pesos en oro.»

Manuel tomó del brazo á Arturo, y ambos salieron de la sala, dejando estupefactos á los concurrentes. En los corredores y en el patio habia ya multitud de hombres muy corteses y caravanistas, que lo felicitaban cordialmente por su fortuna, y le pedian el *barato*; el capitán metia mano á su bolsillo, donde tenia oro menudo, y repartia escudos y doblones, sin ver ni siquiera la fisonomía de los que pedian.

—Eh! dijo cuando hubieron salido al portal: ¿qué te parece, Arturo? Soy un hombre rico; tengo ya para competir con ese viejo infame, para pagar abogados, para marcharme á la Habana, para casarme con Teresa, y para viajar y trastornar el mundo, si se ofrece.

—Estoy materialmente asombrado, Manuel; y aun me parece increíble tu fortuna.

—Bien te decia yo, que las cartas de Teresa me habian inspirado valor y fuerza para hacer cosas grandes.

—Pero ¿adónde vamos? preguntó Arturo.

—Toma! ¿adónde hemos de ir? á las mueblerías, á las carrocerías, á las sastrerías.

—Pero hombre, ¿estás loco?

—No, sino en mis cinco sentidos; y por esta causa quiero regenerarme hoy; que bastante he sufrido en tanto tiempo de reclusion.

—Eh! D. Rufino, dijo el capitán, saludando al propietario de uno de los mejores talleres de sastrería de México.

—Capitán: milagro que pone vd. los piés en esta casa! le contestó Lamana afectuosamente.

—Don Rufino; cuando un hombre está arrancado, no debe ni pasar por la puerta de la casa de vd., porque experimenta el tormento de Tántalo: hoy es otra cosa; y ya verá vd. cómo me porto yo con los amigos.

—Poca confianza, hombre; ya sabe vd. que esta casa está á sus órdenes.—Qué desea vd. ahora?

—Gracias! gracias! sé que vd. es amigo, y por tanto no quiero abusar.—Veamos, pues, los mas ricos casimires para pantalon, los mas hermosos terciopelos para chalecos, y los paños mas finos para levita y frac: todo esto se ha de hacer muy pronto y á la última moda.

—Bien; será vd. servido como se sirve aquí á los

amigos: cabalmente tengo un brillante surtido de todo lo que vd. quiere.

Lamana, diligente, afectuoso, como lo era con sus parroquianos, comenzó á sacar maravillas, que iba poniendo ante los ojos de los jóvenes: paños riquísimos, terciopelos afelpados, casimires de los mas caprichosos dibujos y colores. Manuel lo examinó todo con detenimiento, y escogió casimires para veinticuatro pantalones, terciopelo para treinta chalecos, y paño para seis levitas y dos fraques.

—Toda esta ropa se ha de hacer vd? preguntó Lamana con aire de duda.

—Toda, respondió el capitán afirmativamente; si vd. quiere, puede enviar la cuenta mañana.

—Oh! no es por eso, ¡qué disparate! sino porque la moda pasa.... y aunque.... esto es contra mis intereses, debo hablar francamente.

—Dice vd. bien, D. Rufino, interrumpió Arturo; es una locura: con media docena de pantalones será bastante.

—Qué entiendes tú de esto Arturo? Déjame obrar libremente en estos asuntos, ya que en los demas me sujeto á tu voluntad. Lo dicho, D. Rufino: ponga vd. oficiales que trabajen de dia y de noche; y dentro de tres dias mándeme alguna ropa.

—Bien, bien: tendrá vd. mas ropa de la que pueda ponerse en una semana.

—Hasta mas ver, D. Rufino.

—Caballeros, pasarla bien.

Arturo y el capitán se dirigieron al bazar de mue-

bles de Compagnon, á la calle del Espíritu Santo: todo el que tenga dinero y gusto por los muebles elegantes, debe visitar este bazar, donde se encuentran sillitas cómodas de la mas fina madera de caoba y rosa; sofás, consolas, espejos y todas las exquisitas obras de carpintería hechas á la última moda de Paris.— Manuel y Arturo escogieron lo mejor, lo mas exquisito y lo mas elegante, sin pararse en el precio; y de aquí se dirigieron á la famosa carrocería de Silcox y Park.

—Eh! Mr. Silcox; necesitamos un coche de última moda, dijeron los jóvenes.

Mr. Silcox los llevó á una bodega donde tenia seis ó ocho coches, á cual mas elegantes y primorosos; y allí escogieron una carretela azul oscura, con adornos de plata, que quedó ajustada en 1,500 pesos. Silcox, para completar el tren, les proporcionó un magnífico tronco de mulas cambujas con sus respectivas garniciones; y todo costó 2,200 pesos: el mismo Silcox les proporcionó un cochero, llamado Pedro. Arturo dijo á Silcox que podia ocurrir por el dinero al dia siguiente; y arreglados perfectamente los compradores y el vendedor, se puso el coche; y ambos amigos montaron en él y se dirigieron á la calle de San Francisco, en donde habia una casa vacía, que aunque no muy grande, era suficientemente cómoda. Hechos todos estos arreglos y preparadas estas trasformaciones mágicas, se dirigieron á comer á un hotel, despidiéndose y quedando Arturo en ver á Manuel en su nueva casa.